

La Segunda Venida de Cristo – Cuarta Parte

Por Ivan Martin Baker, Julio 1996

El tema de la Venida del Señor lo hemos elaborado haciendo mención de diferentes pasajes y libros de las Escrituras. En ellos hemos encontrado una gran cantidad de información sobre este tema. Pero además de la Venida del Señor propiamente dicha, nos queda también hablar sobre lo que acontecerá después de que ello ocurra.

Primero, repasemos un poco lo que ya hemos visto sobre la Venida del Señor.

El sueño de Nabucodonosor

Por ejemplo, el libro de Daniel muestra la Venida del Señor a través del sueño que tuvo el rey Nabucodonosor y que fue interpretado fielmente por Daniel. En ese sueño Daniel ve todos los reinos de la tierra simbolizados en aquella estatua con cabeza de oro. El reino babilónico es representado con pies de barro, que son destruidos por una piedra cortada, no por mano de hombre, causando la caída de la estatua, con cuyas ruinas se alza un enorme monte. Este gran monte es la figura del Reino de Dios que sustituye todos los reinos de la tierra y la piedra cortada no por mano de hombre (sino por la mano de Dios), es la figura de la Venida de Cristo.

Por una parte, algunos interpretan equivocadamente que ese sueño representa la primera venida de Cristo cuando Él muere en la cruz. Por otra parte están los que no creen en el milenio y que presumen que esa piedra fue ya cortada hace 2000 años. Sin embargo cuando Jesús vino, no vimos que Él haya destruido los reinos de la tierra. Mi convicción es que aquello ocurrirá cuando venga en su Segunda Venida con autoridad y poder. No nos olvidemos de que la Primera Venida del Señor fue de manera humilde, la de un Cordero de Dios que quitó el pecado del mundo. Pero en la Segunda Venida, el Señor viene en gran majestad a tomar su Reino y destruir. Por lo tanto, pienso, es un evidente error considerar que esa piedra fue ya cortada. La figura dada con aquel sueño es la de Dios arrojando a Cristo como una piedra sobre la base de todos los reinos de la tierra, los cuales serán desmenuzados y eliminados completamente.

Un pasaje de la Biblia que nos ayuda a ver a Cristo como Rey, Señor y autoridad máxima, con majestad y poder, es el de Efesios 1. Aquí Pablo pide que se nos de sabiduría y entendimiento para conocer a ese Cristo, hablando de la supereminente grandeza del poder de Dios con estas palabras:

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que

sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. (Efesios 1, RVA 1960)

Este pasaje nos da una imagen de la gloria del Rey poderoso que viene para tomar el cetro de la autoridad del universo entero. Al mismo tiempo realza la profunda importancia de la Iglesia, ya que dice: "y lo dio [a Cristo] sobre todas las cosas como cabeza a su Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" ¡Qué lenguaje! ¡Qué tremendo! Sobre todas las cosas Cristo fue hecho cabeza de su Iglesia, la cual es su plenitud.

¿Alguna vez pensaron que la Iglesia completa a Dios y que hace completo a Cristo y al Padre? El Padre no estaría completo sin su familia y Jesús no estaría completo sin la Iglesia. La Iglesia completa a Cristo al volverse su cuerpo, Él siendo su cabeza. No existe completamiento del cuerpo con la cabeza si no hay unión de los dos, así que Cristo es sobre todo Señor de la Iglesia y la Iglesia su plenitud. Ahí se encuentra el equilibrio de esto tan sublime, eterno, divino y glorioso que cuesta encontrar palabras para poder explicarlo.

Hemos visto también en el Capítulo 19 de Apocalipsis la figura del Señor montado sobre un caballo que desciende en tren de guerra teniendo en su muslo la inscripción de "Verbo de Dios" y con su vestido manchado de sangre porque viene para pelear. Ese día marca el momento cuando el Señor viene a hacer juicio y justicia sobre el mundo y convoca a las aves del cielo para que vengan a comer las carnes de aquellos que serán muertos. Va a haber tanta mortandad en la tierra que el mundo se llenará de cadáveres.

Cuando el Señor venga, Dios va a poner todas las cosas en orden. Ese día - aquel glorioso pero terrible día, cuando Jesús venga montado sobre el caballo blanco (que es figura de un guerrero), y acompañado de los ángeles de Dios, será el día del juicio en la tierra. Este evento descrito en el capítulo 19 de Apocalipsis coincide con un par de menciones que encontramos en los capítulos 24 y 25 del Evangelio de Mateo:

Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria (Mateo 24:30, RVA 1960)

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, 32 y serán reunidas delante de él todas

las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. (Mateo 25:31, RVA 1960)

Es decir que el evento que describe Apocalipsis 19 referente al caballo blanco y el Jinete que desciende con todas las huestes celestiales y los redimidos, es el mismo que relata Mateo cuando habla sobre la señal del Hijo del Hombre viniendo con gran potestad, majestad y gloria. De esto mismo habla Pablo con las siguientes palabras:

Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él (1 Tes 4.14, RVA 1960)

Así que cuando el Señor venga por segunda vez, aquellos santos que durmieron antes y que tendrán cuerpos glorificados serán parte del séquito celestial y divino que acompañará al Rey de Reyes.

También vimos que aquel día el Señor hará una división entre los hombres: a unos deja y a otros lleva con Él. Cristo mismo nos dice que aquel día separará a los hombres en dos grupos y señalando el lugar que les corresponderá a cada uno: los de su derecha serán los benditos que heredarán el Reino y los de su izquierda los malditos que se irán al fuego eterno.

Armagedón

De la misma forma vimos, en la profecía de Zacarías, la última escena de la batalla en el día de Armagedón, cuando las huestes del anticristo vienen contra Jerusalén penetrando hasta la mitad de la ciudad y viene el Señor poniendo sus pies sobre el monte de los Olivos (aquí se nos da incluso el preciso lugar de su venida). Esto causa la división del monte formándose en medio de él una gran llanura. Debemos unir este evento con la descripción de Cristo en Mateo 25: *“y serán reunidas delante de él todas las naciones”*. ¡Se tata de su misma venida!

El diablo prisionero

Además, hemos observado que lo primero que el Señor hace en su Segunda Venida es destruir al anticristo y al falso profeta, lanzándolos al lago de fuego. En el mismo instante un ángel desciende del cielo, ata con una cadena al dragón, al diablo, lo echa a un abismo el cual es sellado por mil años para que no pueda actuar. Este relato nos permite comprender que éste no es el final absoluto o definitivo, que no se acaba todo ahí cuando el Señor viene, ya que el diablo es atado por mil años, indicando que aún quedan por vivir mil años en la tierra, el milenio.

El Arrebatamiento

Inmediatamente después de esos acontecimientos, el Señor sube y se cumple la palabra que Pablo habla en 1ª Corintios, capítulo 15 y 1ª Tesalonicenses 4 que dicen:

en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. (1ª Corintios 15.52, RVA 1960)

Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (1ª Tes 4.16-17, RVA 1960)

En un abrir y cerrar de ojos seremos quitados de donde estemos. En medio de un gran espectáculo y delante de todos los hombres de la tierra, el Señor llamará a su Iglesia, a sus escogidos, a aquellos benditos de su Padre que heredarán el Reino. Todos juntos iremos al monte de gloria, al lugar donde están los ángeles y los redimidos que han venido antes con Cristo para así completar la Iglesia, la Novia limpia, pura y sin mancha. Así entiendo que ocurrirá el arrebatamiento. La Iglesia estará presente en el mundo hasta el último momento de esta era, aún mientras reina el anticristo. No habrá un arrebatamiento secreto como muchos han enseñado.

La entrada triunfal de los santos en el cielo.

¿Qué acontece después? Una vez que el Señor ha dado su juicio sobre la tierra, ha matado a todos cuantos no hicieron su voluntad y ha dejado a los demás que quedan en la tierra, nosotros nos vamos con el Señor, en la entrada triunfal a los cielos. ¡Qué glorioso acontecimiento! Ese día no habrá más un pie torcido, un hígado que duela, ni la más mínima enfermedad. Toda lágrima, todo sufrimiento se habrá acabado, y entraremos a la gloriosa y santa presencia de nuestro Padre Santo y oiremos decir a Jesús *“he aquí Yo y los hijos que me dio Dios”* (Isaías 8:18) ¿Podemos llegar a imaginarnos cómo será esa entrada triunfal a la presencia de Dios? ¿Qué harán los ángeles? ¿Cómo serán esas trompetas de arcángel? Todo este acontecimiento debemos ubicarlo en el marco de lo que dice el capítulo 14 de Juan

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. 3 Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. (Juan 14.1-2, RVA 1960)

Las Bodas del Cordero

Otro acontecimiento que debe ocurrir (aunque no sé bien en qué exacto lugar cronológico), para que se cumpla la palabra que dice: *“De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios”*. Nos referimos a la imponente festividad llamada “las Bodas del Cordero” o la “Cena del Señor”, evento que se llevará a cabo con la llegada de los hijos a la casa del Padre.

Cuándo nace un bebé a una familia, ¡cuán felices están los esposos, los parientes y todos los demás! ¡Imagínense cuánto más se regocijará Dios con los millones y millones incontables de seres, que serán elevados a su presencia! Podremos escuchar la voz de Dios decir “Yo de la tierra saqué hijos y aquí están en mi gloria a mi lado; hijos con mi carácter, con mi espíritu, con mi potencia, con mi divinidad y que estarán conmigo por toda la eternidad” ¡Vale la pena separarse del mundo y de la inmundicia para seguir al Señor!

El Juicio a los santos

A ese evento de suma felicidad que acabamos de relatar se suma otro hecho que lamentablemente es un poco más triste:

Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. (2 Cor 5.10, RVA 1960)

Es importante señalar que aquí el Señor está hablando de la Iglesia y no del mundo ya que Pablo le está diciendo a la Iglesia en Corinto que todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo. Este no es el gran trono blanco, sino el trono del juicio de Cristo delante del cual todos tendremos que presentarnos. Ese día no tendrá que ver con separar aquellos que son salvos de los perdidos, ya que ahí serán todos salvos, sin embargo cada uno recibirá según lo que haya hecho en la tierra. Todos son dignos de estar en la presencia de Dios porque pelearon la batalla, pero algunos con grandes triunfos y otros con grandes derrotas. Algunos serán los que con todo su corazón sirvieron a Dios y otros no con todo el corazón; muchos serán los que no usaron los dones ni la gracia que Dios les dio y que no pelearon la batalla como correspondía a verdaderos discípulos.

De la misma forma que los perdidos serán juzgados según sus vidas compareciendo ante Dios y recibiendo según sus obras, igualmente nosotros – aunque se nos habrá perdonado todo pecado – recibiremos ese día el despojamiento de todo cuanto haya sido nocivo y engañoso en nuestros corazones y será quemado todo aquello que no hicimos conforme a la voluntad del Señor. La presencia de Dios es fuego y ante su presencia no puede haber nada que sea inmundo, por lo tanto Dios ante el tribunal de Cristo limpiará su Iglesia. Pablo nos enseña esto con las siguientes palabras:

La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego (1 Cor 3.13-15, RVA 1960)

Entonces tenemos, como hemos dicho, tres acontecimientos: La comparecencia ante el tribunal de Cristo, la festividad de las Bodas del Cordero y la entrada triunfal. A mi parecer, el tribunal ocurrirá antes de la entrada y de las Bodas ya que pienso que el Señor

va a terminar la limpieza de todo cuanto tiene que limpiar, para luego entrar triunfantes a la presencia de Él, una vez que todos hayamos sido cubiertos de la gloria exacta que le corresponderá a cada uno.

En Apocalipsis 2 y 3 se habla de “coronas”, de “galardón”, de un nombre especial que se les dará a ciertos hijos. Juan habla también de los 144 mil, que son aquellos santos que nunca se contaminaron con mujeres en la tierra y que van siguiendo al Cordero donde quiera que Él vaya. Estos datos me hacen pensar que existen categorías de redimidos en el cielo y el premio de Dios por las buenas obras de los santos se descifrará ante el tribunal de Cristo.

El gobierno de la Iglesia en la tierra

Una vez que ocurren las bodas del Cordero, volvemos a descender a la tierra para gobernar con Cristo durante los mil años del milenio. Pienso que nuestro gobierno en la tierra no será terrenal ya que seremos seres invisibles, divinos, santos y celestiales. No se tratará de una autoridad política en los términos que hasta aquí conocemos. Tampoco creo que todos los redimidos de la historia serán los que ejercen este gobierno, sino algunos a los que se les da esta autoridad. Si bien a los ojos terrenales existirá un orden como el que vemos actualmente, habrá apariciones de los santos, quienes se manifestarán como llamas de fuego del modo en que los ángeles se aparecían en medio de los hombres a lo largo de la historia.

Podemos leer los pasajes bíblicos que corresponden a este gobierno para entender un poco más. El Salmo 2 es muy significativo ya que habla específicamente de Cristo y su autoridad:

Pídeme, y te daré por herencia las naciones, Y como posesión tuya los confines de la tierra (Salmo 2.8, RVA 1960)

Aquí vemos al Padre haciendo una propuesta al Hijo. Y algunos se preguntarán: “¿El Hijo, pidió las naciones al Padre?” Y dirán: “Sí, seguramente se las pidió”. Y volverán a inquirir: “¿El Padre le dio al Hijo las naciones de la tierra?” Y dirán: “Sí, con seguridad se las dio”. No hay lugar a duda de que será así, pero cabe preguntarse: ¿Cuándo ocurrirá esto?

Algunos erróneamente tienen la idea de que el Padre ya le dio al Hijo las naciones, y por lo tanto la Iglesia tiene que prepararse, en este tiempo presente, para un día gobernar el mundo. Es decir, por no considerar la existencia del milenio, cometen el error de orientar a la Iglesia hacia un hecho que en realidad pertenece a una era celestial, la cual solo vendrá una vez que los hijos de Dios hayan recibido su corona. Es claro, como hemos visto anteriormente, que las escrituras muestran al anticristo gobernando el mundo en los momentos culminantes de esta era, y a la Iglesia perseguida y a la vez protegida. Imposible imaginar lo contrario: que esta Iglesia pueda en este tiempo gobernar el mundo como ellos sostienen que ocurrirá.

Los que así piensan, se orientan hacia un gobierno político ejercido por la Iglesia. De esta manera la expectativa es puesta en una reivindicación terrenal de los hijos de Dios ante los ojos de los hombres. Se estimula a los discípulos a procurar cosas que nunca Cristo y los apóstoles nos enseñaron a perseguir: a ser profesionales, a procurar cargos de jerarquía, y a alistarse para ese día con conocimientos que no surgieron del corazón de Dios, sino de los rudimentos del mundo.

Los que sostienen la existencia de este gobierno terrenal en esta era, suelen evitar la lectura de lo que sigue en el Salmo 2:

*Pídeme, y te daré por herencia las naciones,
Y como posesión tuya los confines de la tierra.
Los quebrantarás con vara de hierro;
Como vasija de alfarero los desmenuzarás. (Salmo 2.8-9, RVA 1960)*

Aquí describe un reino que no tiene comparación con el insignificante gobierno humano que podamos hacer nosotros. Una cosa es ser presidente de un país, secretario de un diputado, funcionario judicial, senador o abogado de alto rango. Otra es tener por posesión “los confines de la tierra” y gobernar con “vara de hierro” o desmenuzar el mundo como a “vasija de alfarero”.

Este salmo tan antiguo, escrito tan temprano en la historia, tiene su cumplimiento en lo que leeremos en Apocalipsis. Mientras leemos, comparemos las palabras de David con las de Juan:

Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre (Apocalipsis 2.26-27, RVA 1960)

Es evidente la mención exacta y coincidente con el Salmo 2. Sigamos con Apocalipsis

Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar [estos tronos mencionados por el Señor son aquellos sobre los cuales se sentarán los doce Apóstoles ya que el Señor dice que serán ellos los que juzgarán a las doce tribus de Israel, así que cuando hablamos del tribunal de Cristo, también habrá un tribunal para los judíos, el cual será gobernado por la Iglesia]; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. (Apocalipsis 20.4-6, RVA 1960)

“Reinaron con Cristo mil años”. Así que debemos entender el paralelismo de estos dos pasajes de Apocalipsis con el Salmo 2. Se vuelve mucho más claro el hecho de que se

refieren específicamente al gobierno del milenio que se manifestará antes que Dios destruya los cielos y la tierra, y una vez que se termine esta era.

¿Cuándo se manifestará el espíritu del anticristo?

Me gustaría hacer aquí una mención con respecto a la bestia. Muchos dicen equivocadamente: “gracias a Dios que no estoy viviendo en el tiempo de la bestia”. Pero se olvidan lo que dice Juan: “*ya son muchos los anticristos*” (1ª Juan 2:18). ¿Cuándo vino el anticristo? -Desde el momento en que Cristo apareció en el mundo se estableció el anticristo. ¿Quién lo establece? -Lo establece el dragón, el diablo, ya que el espíritu del anticristo está en el mundo desde que Cristo apareció y se predicó con todo poder.

Lo que sí va a acontecer, durante un período de cuarenta y dos meses, es la manifestación de un hombre dotado del poder del diablo. Pero el anticristo está desde el principio. Es por esto que no debemos pensar que este juicio les acontecerá solamente a los creyentes de la última hora. Habrá un juicio a los creyentes de toda la historia. El espíritu del anticristo, opera entre nosotros desde hace dos mil años, y es quien hace que te inclines ante los placeres del mundo. Así que cuando las Escrituras hablan de aquellos que no recibieron la imagen ni la señal del anticristo durante esos cuarenta y dos meses, no se refiere solamente a quienes vivirán en el último tiempo, sino a aquellos que a lo largo de la historia no recibieron la señal del anticristo. Es decir, repudiaron la mentira, se apartaron del mundo y se guardaron enteros para Dios, lavando sus ropas.

Esto me gustaría remarcarlo y repetirlo para que se grabe bien en nuestra mente y corazón. Muchos no perciben que cuando imitamos al mundo en sus formas, en sus banquetes, en sus placeres, ropas, formas de ser, etc., ya llevamos la marca de la bestia en nosotros. Nos dejamos gobernar así por el poder del anticristo y el diablo. El consejo de los apóstoles es que debemos separarnos del mundo “*Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo inmundo; Y yo os recibiré*” (1ª Corintios 6:17). El corte y la división entre el mundo y la Iglesia tienen que ser absolutos.

Con dolor de mi alma debo decir que hoy en día hay una juventud que no vive con esta radicalidad todos los días y pienso que tiene que ver también con el hecho de que la Iglesia ha perdido un sentido de orientación santa y pura. ¡Cómo quisiera que todos fuésemos como un solo hombre que se levantara contra el mundo!

La Iglesia debe saber que hoy estamos ante el espíritu del anticristo en todo lugar, y, aunque la imagen de la bestia no esté aún presente ni se haya manifestado el hombre de pecado, el diablo está en las tinieblas gobernando. Por lo tanto cuando el creyente va hacia las tinieblas, (es decir, hacia las costumbres del mundo), se transforma en abominación para Dios. Juan lo escribe así:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de

la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. (1ª Juan 2, RVA 1960)

Aquí vemos que la división entre el mundo y la Iglesia debe ser tajante. Si por ejemplo oímos la música del mundo, sus ritmos comienzan a contaminarnos a nosotros y a la Iglesia. Muchos santos que tienen una relación real con Dios se sienten defraudados ante una Iglesia que se nutre de la música del mundo para componer los himnos de alabanza a Dios. ¿Ustedes creen que Dios se siente alabado con el rock? ¿No fue inspirada esta música para adorar más bien a Satanás?, ¿Cómo pueden tantos músicos que se llaman cristianos pensar que Dios recibe este incienso de aroma extraño?

Vuelvo a decirlo: ¡el espíritu del anticristo ya está entre nosotros desde hace mucho! Tengamos discernimiento para percibir sus maquinaciones, y apartémonos completamente de todo aquello que proviene de él. Lavemos nuestras ropas, velemos día y noche, y su marca no estará en nuestras frentes. Así, solamente así, seremos vencedores y reinaremos con Cristo.

Isaías y el milenio

Quisiera que retomásemos el tema del milenio para incluir el libro de Isaías, el cual –a pesar de lo que muchos opinan en contrario– nos ofrece mucha información sobre cómo será el tiempo anterior y el tiempo propio de este período. Isaías habla frecuentemente de dos tonos. Habla de su tiempo y de un tiempo futuro. Por momentos se refiere a reyes contemporáneos para luego pasar a relatar momentos que textualmente él denomina como “los postreros días”.

Comencemos con el capítulo 2, leyendo una porción que, me parece, claramente se refiere al milenio. Podríamos decir que el siguiente pasaje nos ofrece resumidamente el tema central de todo el libro:

*Lo que vio Isaías hijo de Amos acerca de Judá y de Jerusalén.
Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra (Isaías 2.1-4, RVA 1960)*

Algunos suelen pensar que los primeros 3 versículos se refieren a la Iglesia. Los tales dicen: ¿No es Sion el lugar donde bajó Jesús? ¿No es allí donde Cristo establece el Nuevo Pacto? ¡Inclusive cantamos himnos que parten de esta interpretación! Sin embargo, cuando llegamos al versículo 4 vemos que Isaías nos señala dos características muy notables de este tiempo:

- *“y juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos”*: El juicio de Dios, y no la gracia, predomina en el tiempo que describe Isaías. La era en que vivimos se caracteriza por la paciencia de Dios (más allá de algunas catástrofes naturales). Pedro declara: *“El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; más bien, es paciente para con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento”* (2 Pedro 3:9, RVA). Nuestra era no es a la que Isaías se refiere.
- *“y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán para la guerra”*: Isaías claramente habla de un tiempo de paz mundial en el que las naciones prescindirán definitivamente y permanentemente de sus armamentos. Claramente, una vez más, podemos afirmar que no se refiere a esta era.

Todo el libro de Isaías está edificado sobre la base de estos cuatro versículos. Cuando leemos, vemos que él pasa de un tema al otro, pero se ajusta, se mantiene en los siguientes siete puntos. Estos siete puntos representan la clave para comprender todo el libro:

1. El monte de Jehová que será cabecera de montes
2. Correrán a Él todas las naciones
3. Nos enseñará sus caminos
4. Saldrá la ley de Jerusalén
5. Juzgará entre las naciones
6. Las Naciones volverán sus espadas en rejas de arados
7. No se adiestrarán más para la guerra

Hagamos por ejemplo un ejercicio de lectura para mostrar lo que estoy diciendo. Leamos:

Y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando se levante para castigar la tierra (Isaías 2: 21, RVA 1960)

Quando el Señor lave las inmundicias de las hijas de Sion, y limpie la sangre de Jerusalén de en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación (Isaías 4: 4, RVA 1960)

Este no es, evidentemente, el tiempo actual de la gracia, sino un tiempo futuro de juicio. Aquí Isaías habla de una preparación. Antes que los hombres corran a Jerusalén (de donde saldrá la ley), habrá una devastación, una destrucción. Esto tiene mucho que ver con la mortandad que ocurrirá cuando baje el Señor y mate las nueve décimas partes de población de la tierra y deje únicamente a los deseables, que Isaías menciona de esta forma:

Y si quedare aún en ella [en la tierra] la décima parte, ésta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa. (Isaías 6: 13, RVA 1960)

Continuemos leyendo algunos pasajes que describen mejor el juicio que Dios revela a Isaías:

Quebrantó Jehová el báculo de los impíos, el cetro de los señores (Isaías 14: 5, RVA)

Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones (Isaías 25:7, RVA)

Jehová, tu mano está alzada, pero ellos no ven; verán al fin, y se avergonzarán los que envidian a tu pueblo; y a tus enemigos fuego los consumirá (Isaías 26:11, RVA)

Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra Él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos (Isaías 26:20, RVA)

En aquel día Jehová castigará con espada dura, grande y fuerte al leviatán serpiente veloz, y al leviatán serpiente tortuosa; y matará al dragón que está en el mar. En aquel día cantad acerca de la viña del vino rojo. Yo, Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré noche y día, para que nadie la dañe. No hay enojo en mí. ¿Quién podrá contra mí en batalla espinos y cardos? Yo los hollaré, los quemaré a una (Isaías 27:1, RVA) [Aquí el lenguaje es tremendo]

De esta manera, pues, será perdonada la iniquidad de Jacob, y este será todo el fruto, la remoción de su pecado; cuando haga todas las piedras del altar, como piedras de cal desmenuzadas, y no se levanten los símbolos de Asera ni las imágenes del sol (Isaías 27:9, RVA 1960)

Porque Jehová se levantará como en el monte Perazim, como en el valle de Gabaon se enojará; para hacer su obra, su extraña obra, y para hacer su operación, su extraña operación (Isaías 28:21, RVA)

Por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos. ¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce? Vuestra perversidad ciertamente será reputada como el barro del alfarero. ¿Acaso la obra dirá de su hacedor: No me hizo? ¿Dirá la vasija de aquel que la ha formado: No entendió? (Isaías 29:14, RVA)

Porque Jehová me dijo a mí de esta manera: como el león y el cachorro del león ruge sobre la presa, y si se reúne cuadrilla de pastores contra él, no lo espantarán sus voces, ni se acobardará por el tropel de ellos; así Jehová de los ejércitos descenderá a pelear sobre el monte de Sion, y sobre su collado (Isaías 31:4, RVA)

Porque Jehová está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas; las destruirá y las entregará al matadero (Isaías 34:2, RVA)

Porque es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion (Isaías 34:8, RVA 1960)

¿Perciben cómo se habla de juicio? Juzgará a muchas naciones, reprenderá a muchos pueblos, no solamente a Israel sino también al mundo entero. Ahora este juicio de Dios tiene por contrapartida que se cumple lo que debe haber ocurrido en Edén antes del pecado: *“El león pacerá con la cría de la cordera”, “El niño recién nacido pondrá su mano sobre el huevo del basilisco y no le hará daño”* ¡La víbora no le hará daño!

Así que creo que les he dado una buena orientación e indicación de toda la información que está en el libro de Isaías acerca de este tiempo de gobierno, juicio y reprensión. La síntesis de todo este asunto es: *“las gobernará con vara de hierro y reprenderá a muchas naciones”* y todo esto acontecerá una vez que el Señor venga. No ahora, sino en el tiempo del milenio.

Ahora, ¿Qué de nosotros en este tiempo? ¿Dónde estaremos? -O bien, en la nube de gloria viniendo con el Señor (si es que hemos dormido antes), o en la tierra esperando el momento cuando el Señor traiga su juicio, con la expectativa de escuchar su voz decir: *“Venid benditos de mi Padre”*. Cuando el día llegue veremos al Señor cabalgando sobre su caballo blanco, con sus ropas manchadas de sangre. Vendrá diciendo: *“Yo he venido a pisar el vino del lagar de la ira de Dios”* y le dirá a las aves *“Vengan, congréguense porque van a comer carne de toda clase”*.

Este no es un acontecimiento progresivo que sucede a lo largo de la historia. Ocurre repentinamente. El Señor viene de repente, como ladrón en la noche. Ordena, limpia y destruye todo lo que es necesario eliminar. Como leímos ya en Isaías: *“Y si quedare aún en ella [en la tierra] la décima parte, ésta volverá a ser destruida”*. ¡Qué tremenda palabra! Imagínense que las nueve décimas partes de los hombres van a ser destruidas y sólo quedará un décimo; ¡y aún ese décimo va a ser juzgado y diezmado! El momento exacto en que esto ocurre es cuando el Señor baja de los cielos trayendo el juicio sobre la tierra para limpiarla y prepararla para el Milenio.

Recordemos una vez más a Isaías diciéndonos: *“Entonces el monte de Sion será cabeza de montes y ahí correrán todas las naciones y de allí saldrá la ley”*. Hay incluso una canción diciendo estas palabras. Es errado cantarlo pensando en nuestro tiempo actual. Es lo que cantaremos en aquel tiempo futuro, cuando el tiempo de juicio y destrucción acontezca. Al leer el Nuevo Testamento, nada encontramos respecto a que en esta era, antes de su

venida, Cristo y la Iglesia reinarán las naciones desde Jerusalén. Al contrario, Jerusalén fue destruida poco tiempo después de la resurrección de Cristo.

Cuando en el NT se habla de la Iglesia, no se refiere a judíos ni a Jerusalén. No creo que al Señor le agrade que hoy cantemos himnos refiriéndonos a Sion de esta forma. Sino que aquello sobre lo que habla Isaías, va a acontecer cuando el Señor limpie la inmundicia de su pueblo y establezca a Sion durante mil años como cabecera de montes. De allí saldrá la ley. Ese será el lugar donde Dios establecerá su trono y desde el cual nosotros gobernaremos la tierra entera. Este día dará comienzo al Milenio. Dios se establecerá el monte de Sion en Jerusalén y desde allí gobernaremos. El Señor *reprenderá a todo pueblo, y quitará la espada y la transformará en reja de arado*. Este es el tiempo de la paz que el Señor trae sobre la tierra cuando nosotros gobernemos durante el gobierno de los santos como ya hablamos anteriormente.

¿Quiénes vivirán en la tierra durante el milenio? En el Sermón del monte Cristo dice: *“los mansos heredarán la tierra”*, y aunque obviamente esta palabra tiene una connotación mucho mayor y más profunda, al menos nos da a entender quiénes son los que Dios permite que continúen viviendo en la tierra. Hay que pensar que existen hoy todo tipo de personas: los malvados, los aprovechadores, los perversos que han vivido en sus propios deleites, que han despreciado a su prójimo. A éstos yo los llamo “indeseables”. Los tales, entiendo, serán destruidos. Pero el Señor dejará que habiten en la tierra aquellos que no fueron indeseables, sino que, aunque no formaron parte del de la Iglesia por no haber seguido a Cristo, mantuvieron su conducta, modestia, aspiración dentro de ciertos parámetros morales: no ejercieron violencia, perversidad, etc.

Esta información a muchos les parecerá algo extraño y se preguntarán: “¿Por qué sucede de esa manera?” ¡Qué difícil de entender! Precisamente nadie puede decir más de lo que está escrito, ni entrar en un terreno más allá de lo que está revelado en la Palabra de Dios. Sin embargo debemos confiar que Dios es un Dios justo, y su justicia es perfecta. “En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col 2:3).

Una vez que viene el Señor, se completa el tiempo de la salvación. La oportunidad de conversión termina ese día, sellándose el número de la Iglesia redimida. Cuando se ve en los cielos la señal del Hijo del Hombre, se acaba la oportunidad de salvación. Quien en ese momento es salvo, será salvo eternamente y el que no lo es, pues ya no tendrá más esperanza que la de ser incluido en el milenio.

Durante el tiempo que gobernemos la tierra, solo habrá en ella personas pecadoras perdidas viviendo en ella. No se predicará más el Evangelio, sino que nuestro gobierno será *“con vara de hierro”*. Por ejemplo: Si uno se sale de su juicio y levanta una silla para pegarle a su esposa, en ese mismo instante es eliminado.

Alguno dirá: ¿Pero no es que el milenio será un tiempo de paz? –Sí, paz, pero “con vara de hierro”. El que practica el bien, estará tranquilo, pero el que se porta mal, tendrá un

juicio rápido, repentino e inmediato bajo la ley. Tal como dice David en el Salmo 2: *“Tú las gobernarás con vara de hierro y las desmenuzarás como vasija de alfarero”*, palabra que también encontramos en Isaías.

Volvamos ahora al capítulo 20 de Apocalipsis.

Vemos que el Señor ha venido y el diablo es atado por mil años. Luego aparecen el Gran Trono Blanco y El Tribunal de Cristo. Se llevan a cabo los juicios tanto a la Iglesia como a Israel. No existe mucho material que nos permita entender bien el orden de estos hechos, pero sí hay menciones suficientes para saber que Dios va a traer juicios sobre su casa y también sobre Israel, siendo la Iglesia la encargada de juzgarla. Esta es tarea que Dios encomienda a los doce Apóstoles, dándoles autoridad para juzgar a las doce tribus de Israel.

Una vez que los nuevos cielos y la nueva tierra vienen, Dios no deberá tratar más con el pecado del hombre. Nunca más se levantará una voz contra Él, ni se blasfemarán en contra de su nombre, o aparecerá alguien para pecar. Cuando la Biblia dice que Jesús es el “postrer Adán” (no dijo el “segundo”, sino el “postrer”, es decir, el “último”) significa que ya todo terminó y el problema del pecado se acaba. Nosotros nunca podremos entender completamente lo que es este problema para Dios. El pecado y la rebelión son elementos descentralizadores del equilibrio del gobierno de Dios. Y Él finalmente tratará a fondo la rebelión del hombre.

Por causa del pecado la misma tierra está maldita. Ella ha tenido que beber continuamente la sangre de inocentes y está cansada de ello. Dios oye a los árboles, los arroyos y los montes clamar por justicia, porque están agotados con el pecado del hombre. Pablo nos dice: *“Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una sufre dolores de parto hasta ahora” (Rom 8.22)*. Pero el día en que los hijos de Dios se manifiesten, ella será liberada de su condenación y de su maldición. La tierra está esperando la adopción de los hijos de Dios para gozarse junto a su Creador. Para finalmente oír a sus árboles cantar y a sus ramas aplaudir. Este día comenzará cuando se inicie el milenio. Debemos también ver a este período, como un tiempo de descanso que Dios trae sobre su creación, un tiempo en el que la creación vive tal como Él había planeado para el Edén.

En mi imaginación veo una armonía perfecta en la creación. Veo un mundo muy distinto al de ahora: sin fábricas, sin armas, en absoluta paz. Los hombres volverán a comer debajo de la encina, a buscar frutos en los árboles, a alimentarse de la miel y de aquello que la naturaleza generosamente brinda. Habrá alegría en la tierra ya que se acabarán las construcciones de cemento y no habrá fábricas que exploten al hombre; cada persona labrará su propia porción de terreno y volveremos a lo que originalmente era el mundo tal como Dios lo hizo.

La naturaleza tendrá ese día. Dios traerá misericordia sobre su creación. Algunos hombres privilegiados, aunque no salvos, gozarán de la oportunidad de comprender que el plan de

que Dios se había propuesto era perfecto. Y se lamentarán de la rebelión, del rechazo al plan supremo, y a la salvación ofrecida por Cordero de Dios. Estos mil años serán también una reivindicación del plan del Creador, que finalmente verá, junto a su Iglesia redimida, una tierra que goza de paz y armonía.